

CARLOS M. RAMA *

LA CRISIS POLÍTICA URUGUAYA

EL URUGUAY ha sido durante mucho tiempo, uno de esos curiosos países “donde no pasaba nada,” pero al mismo tiempo se reconocía que su estilo de vida político constituía una experiencia particular, por muchos sentidos digna de estudio y encomio.

En un mundo convulsionado en perpetua crisis, muy rara vez registraban las oficinas telegráficas noticias de Montevideo, aunque los estudiosos de los sistemas sociales concurrían desde diversas partes del mundo para enterarse de su sistema original, o captar la explicación de la estabilidad de un gobierno ininterrumpidamente en manos de una tendencia política desde hacía 93 años.

La *aurea mediocritas* uruguaya suponía, efectivamente, un régimen válido exclusivamente para unos 2 millones 600 mil habitantes, en la zona austral de América, sin posibilidades de expansión o exportación, pero asentada en una forma aparentemente muy estable desde hacía casi un siglo. Pero a partir de las elecciones de noviembre de 1958, en que es derrotado por una diferencia de cien mil votos el partido colorado gobernante, aquel mundo que asemejaba la completa estática, entra en una conmoción dinámica, que se aprecia en los cables telegráficos, y en el comentario de los centros cultos del mundo.

¿Cuáles son los rasgos del sistema uruguayo, y el secreto de su estabilidad casi secular?

En primer lugar —y aunque esto disminuya el “mito uruguayo”— de los 93 años de dominación del partido colorado solamente corresponden 47 al ejercicio de la democracia, que son los años 1904-1958. Durante el resto, el partido gobernante ha actuado con gobiernos de facto, apoyados por el

* Profesor de la Universidad de Montevideo.

ejército. El ejercicio de los derechos electorales, como es usual en América Latina, ha sido reclamado por el partido conservador nacionalista, con base rural, que contaba con los votos dóciles de las peonadas de las estancias ganaderas. De todas maneras medio siglo de democracia política, que corresponde a casi todo el siglo xx que hemos vivido, ya es algo absolutamente inusitado en los países latinoamericanos, pero mucho más lo es si pensamos que el Uruguay se precia de tener la legislación social más avanzada del hemisferio, un sistema de enseñanza pública muy difundida, un elevado standard de vida de sus habitantes, y numerosas como prestigiosas instituciones sociales propias de la alta civilización.

Es explicable que durante esos 47 años de democracia política, en cada una de las elecciones presidenciales, parlamentarias o locales, invariablemente la población refrendase su confianza en un sistema que le había asegurado, a pesar del territorio minúsculo (187.000 kms. cuadrados), la falta de grandes recursos, y menos de antecedentes culturales sólidos, un nivel de vida material y político muy superior al resto de los demás países similares del continente.

¿Por qué entonces ese cambio que abre una perspectiva dinámica aparentemente tan profunda como prolongada fue la etapa institucional que termina de cerrarse?

La crisis iniciada en noviembre de 1958 es de naturaleza política, pues la abre la derrota electoral del partido gobernante con el correspondiente ascenso del equipo político contrario, nacionalista, y esto corresponde a las mejores tradiciones del país. En efecto los uruguayos sienten la pasión de la política, la ciudadanía tiene un millón cuatrocientos mil inscriptos y en la misma se invierte buena parte de las energías nacionales.

La actitud espontánea del uruguayo medio es actuar con los políticos como los pueblos primitivos con los "magos fabricantes de lluvias." Mientras el país vivía prósperamente y el sistema funcionaba en forma satisfactoria refrendaban con sus votos la confianza en los políticos oficialistas.

¿Por qué ahora se les castigaba desposeyéndoles del poder? Las causas ocasionales e inmediatas de la crisis uruguaya son diversas, pero corresponde destacar las siguientes:

1º) El desgaste del partido gobernante. El Uruguay ofreció por la década de los años 50 un panorama muy interesante de lo que podría llamarse "el envejecimiento de un partido." La política se identificó tan absolutamente con el oficialismo, era tan firme su popularidad, y parecía tan asentada su permanencia, que se destacaron hasta el abuso caracteres como

los siguientes: los políticos en una buena proporción eran de "ciertas familias." El hijo, sobrino o nieto de un político prestigioso heredaba situaciones que terminaban por convertirse en familiares. La política aseguraba un ascenso casi seguro y sin riesgos por lo que un buen número de políticos se reclutaron entre mediocres, arribistas, fracasados, etc. La importancia del Estado y el escaso control, contribuyeron a una corrupción, menor que en otros países latinoamericanos aunque desusada en el Uruguay. El repetido éxito del sistema impedía la experimentación, y hasta la innovación. Se tendía espontáneamente a repetir el mismo clisé, y se impedía utilizar gentes nuevas o meramente muy jóvenes. Los empleos públicos constituyeron un instrumento político y no cumplían su función social.

2º) En un nivel más profundo, se podía apreciar un agotamiento del programa del partido gobernante.

Éste había sido progresista, audaz y hasta revolucionario en las manos de su gran líder José Batlle y Ordóñez que actuara como presidente en 1903-1907 y 1911-1915, pero después de su muerte en 1928 sus grandes ideas se habían convertido en dogmas, cuando no se habían desvirtuado u olvidado.

Sus continuadores defendían celosamente las ideas batllistas, pero eran incapaces de ampliarlas, renovarlas, enriquecerlas o siquiera ajustarlas a los nuevos tiempos. Los nuevos problemas planteados por la creciente industrialización y las relaciones entre la ciudad y el campo no tuvieron en los últimos treinta años soluciones originales del calibre de las usuales en la obra del señor Batlle.

3º) Pero la causa determinante más inmediata de la crisis uruguaya ha sido la crisis económica. Esta crisis abarca todos los países de América Austral, y posiblemente tiene manifestaciones más virulentas en otros países de monocultura como Bolivia, Paraguay, Brasil, Chile y Argentina, pero en el Uruguay sus efectos han sido en los últimos dos años muy considerables. El cierre del mercado estadounidense para la lana uruguaya, la clausura de las fábricas frigoríficas norteamericanas en Montevideo, la inflación, la desvalorización de la moneda nacional, etc., han afectado el alto nivel de vida de las clases medias rurales y urbanas y llevado a la desocupación casi permanente a vastos sectores de trabajadores. El erario nacional tuvo dificultades para atender su amplio presupuesto.

Esta crisis ha estado seguramente en el trasfondo de las numerosas crisis políticas de los últimos meses en América Latina, pero es explicable que

en el caso del Uruguay haya afectado a un gobierno democrático inocente de sus causas y obviamente incapaz de impedirla.

Un gobierno desacreditado (cosa importante en un país de baja clase media) que no suscita una entusiasta adhesión política, ya como responsable de una crisis económica internacional.

Posiblemente esas causales citadas no serían suficientes, si no se apoyaran en un cuadro de causas profundas más amplias.

Más allá de la política, y hasta de las finanzas presupuestales, y de los ciclos económicos del capitalismo, la crisis se incubaba para el sistema uruguayo. Apuntemos algunos aspectos de la demografía, la estructura económica y la estructura social.

El ochenta por ciento de la población uruguaya vive en ciudades, y de ese porcentaje la mitad en una gran ciudad (Montevideo). No es extraño que la tasa de crecimiento vegetativo del Uruguay sea, después de la de los Estados Unidos, la más baja del continente. Hasta 1933 el Uruguay suplía la deficiencia de su bajo crecimiento con la inmigración. Entre 1830 y esa fecha habían entrado al país alrededor de un millón de europeos (por su orden: italianos, españoles, franceses, gentes de Europa Oriental y Levante, etc.).

Mientras se mantuvo la corriente migratoria, las ciudades, y especialmente Montevideo, pudieron predominar claramente sobre la campaña y el sistema político uruguayo se apoyó ampliamente en los extranjeros que pronto se incorporaban a su ciudadanía. Pero desde 1933, al cerrarse la inmigración, el campo comenzó a refluir sobre la ciudad, y fue del interior de donde se reclutó el proletariado de las recientes industrias, o las nuevas clases medias.

Montevideo en 1944 tenía un tercio de sus habitantes nacidos, o de padres del interior. Catorce años más tarde dejaba de ser un centro cosmopolita de estilo moderno, una isla europea en el Plata, para depender bastante estrechamente del *hinterland* criollo.

Sin embargo la estructura económica ha tenido cambios significativos. Mientras la producción agropecuaria sigue siendo extensiva, casi como en el primigenio siglo xviii, con sus ocho millones de vacunos, 23 millones de ovejas, criados a la intemperie por pastores asalariados que recorren a caballo docenas de kilómetros, por vastas propiedades latifundistas, las ciudades se industrializan.

Los obreros industriales, solamente 64 000 en el 1936, eran 195 000 en 1956, y sumados a los obreros de talleres, artesanos, obreros a domicilio, etc., alcanzan por lo menos a 400 000 personas. Por su parte los empleados

de empresas industriales que eran 8 600 en 1936, eran 33 000 veinte años después. En tanto la población agropecuaria (un 21% de la población), tiende constantemente a reducirse en sus cifras totales y en las proporciones dentro de la población general del país.

En otras palabras, en un país donde la población total crece muy lentamente, cada día son más los obreros y empleados de la industria y menos, mucho menos, los rurales. El país se industrializa (textiles, alimentos para exportación, cueros, construcción, etc.), pero sin planes y hasta falto de estadísticas.

¿Quién paga esa industrialización? Aquellos países que no tienen colonias ni pueden imponer imperialmente sus precios a sus compradores, deben autofinanciar su industrialización con sus propios recursos.

Desde la Revolución Rusa ese sistema existe, lo practican muchos países, y consiste en financiar la industrialización sobre los beneficios agropecuarios. En Brasil se dice que son los fazendeiros del café los que han pagado Volta Redonda y Petrobras.

En Uruguay mediante el mecanismo de los cambios una parte del beneficio de las exportaciones de la lana, cueros y carnes se ha vertido en dólares baratos para importar maquinaria, repuestos y subsidiar exportaciones e incluso los productos de consumo para obreros y empleados, de manera de mantener los salarios bajos.

Esta industrialización acelerada, sobre los beneficios de los propietarios rurales, sólo podía mantenerse en épocas de auge económico o exportaciones considerables, pero cambiadas las circunstancias, era inevitable la protesta agraria.

El país vive, presumiblemente sin saberlo, envuelto en las consecuencias sociales y económicas de la industrialización. Sin embargo sigue dependiendo para la obtención de sus divisas, y en una alta proporción, de la exportación de materias primas de origen agropecuario.

Finalmente la estructura social uruguaya se caracteriza por la enorme importancia de la nueva clase media urbana (empleados, técnicos, profesionales); la debilidad de su clase alta (cuyo núcleo siguen siendo los grandes propietarios rurales), y el reducido porcentaje de su población marginal (desocupados permanentes, maleantes, *lumpenproletariat*, etcétera).

En un trabajo inédito sobre "Las clases sociales en el Uruguay", hemos estimado que esa población miserable que ocupa poblaciones similares a las "fabelas" brasileñas, o verezolanas, las "villas callampas" chilenas, o las "villas miserias" argentinas, no pasa del ocho por ciento de la población.

En cambio la clase media con su treinta y uno por ciento del país, sólo es sobrepasada en toda América por los Estados Unidos y Argentina.

Esta clase media es el eje social y político del país. Participa bastante activamente de la política, monopoliza la Universidad, vive en un nivel de holgura, en general desconocido al sur del Río Grande, pero es económicamente débil, pues no tiene propiedad, y depende del poder político o de su preparación cultural. En los momentos de crisis económica se siente severamente golpeada y cuenta con escasas defensas. Por su parte mientras los obreros industriales especializados tienen un buen nivel de vida, y conciencia de sus problemas, muy distinta es la condición de los peones agrícolas y ganaderos, desorganizados, casi siempre faltos de instrucción y dependientes de sus patrones en todos los aspectos.

En las elecciones de 1958 fue decisivamente derrotado el partido gobernante que había sido portavoz de la clase media urbana, los industriales, los extranjeros, los profesionales, etc., y con él cierta orientación general del país, a la que acompañaban con su crítica constructiva los pequeños partidos socialistas, comunistas, y demócrata-cristiano, los sindicatos obreros, las asociaciones, etc.

El triunfo correspondía a un vasto conglomerado representativo de los intereses y la población rural, ciertos sectores católicos conservadores, y circunstancialmente núcleos de la misma clase media urbana.

Solamente la confluencia de tantos e importantes factores ha podido explicar en el Uruguay el triunfo de los rurales y con ellos de los grupos más reaccionarios y antidemocráticos que cuenta el país.

No debe creerse, sin embargo, que los triunfadores tienen un claro programa, o representan una fuerza orgánicamente estructurada.

En verdad incluyen tres sectores bastante bien diferenciados, a saber:

a) Un conglomerado electoral, la Unión Blanca Democrática, dirigida por elementos de la clase alta que han capitalizado en su favor votos de la clase media urbana disconforme con la administración batllista.

En materia de legislación política, libertades públicas, política internacional, este grupo participa de los ideales tradicionales en el país.

b) El Partido Nacional Herrerista, el rival conservador del batllismo, representativo de los intereses rurales, caudillista, con grandes simpatías por el peronismo argentino, y otros regímenes dictatoriales.

c) La Liga Federal de Acción Ruralista, un movimiento al estilo de Pujade en Francia, que comenzó por decirse exclusivamente "gremia-

lista," de actitudes demagógicas, que arrastra a multitudes campesinas y la población marginal de las ciudades cuya ignorancia les impide comprender que procuran exclusivamente la defensa de los intereses del gran patronato rural.

Esta Liga Federal realiza concentraciones, desfiles, hace una gran propaganda, tiene símbolos para las masas y como otros partidos ultraderechistas practica un casi culto de su líder el Sr. Benito Nardone, un hábil periodista radial.

En su *staff* figuran buen número de los intelectuales fascistizados que cuenta el Uruguay.

El entendimiento entre los tres sectores se logró antes de las elecciones en la oposición, pero triunfantes se han librado a una confusa lucha de posiciones, que aumenta su incapacidad para resolver cualquiera de los problemas fundamentales del país. Sin embargo, han anunciado diversas medidas tendientes a demostrar el "sistema uruguayo," reducir los derechos de los obreros y empleados y favorecer al clero y al ejército, que hasta la fecha no jugaban un papel importante en el país. También en su programa figura detener la industrialización y la urbanización del país, y favorecer los intereses rurales desvalorizando la moneda y suprimiendo el mecanismo de cambios.

Políticamente se han manifestado partidarios de un "gobierno fuerte," la "austeridad" en la administración pública, y favorecen un clima de derechismo que el Uruguay no conocía.

Como la UBD no tiene prácticamente intervención en el gobierno, se puede resumir diciendo que la situación triunfante dispone de dos cartas, a saber: conservadores y fascistas, y todo indica que se jugarán en ese orden.

Las razones que han llevado a los conservadores al poder han sido explicadas, pero también deben recordarse para comprender la posibilidad fascista. Para ésta hay además otros tres factores.

En primer lugar la desorientación de las clases medias. Pequeños empleados, modestos comerciantes, estudiantes universitarios, etc., acompañan una experiencia cuyas medidas terminarán seguramente por perjudicarlos. Algunos han terminado por descreer de la democracia política y están dispuestos a escuchar a quienes hablan confusamente de "oligarquía," "anti-imperialismo," "nacionalismo uruguayo," "revolución nacional," etc.

La escasez de cuadros administrativos de los nuevos gobernantes abre

una expectativa tentadora a los intelectuales declarados que se pliegan a los "nuevos tiempos."

En segundo lugar, aun siendo pequeña la sociedad rural, en ella el gran patronato tiene un control casi absoluto. En el campo no hay sindicatos, ni clases medias independientes, ni mayores contactos con la cultura política. Calculamos en unos cien mil los votantes que entregan su voto a la voluntad de sus "caudillos" y patronos. El latifundismo está muy extendido, y se ha estimado que el 40% del territorio nacional es propiedad de 600 familias.

El fascismo ha conseguido apoyarse en Alemania e Italia en la baja clase media urbana (empleados, pequeños comerciantes, técnicos, etcétera), en Argentina en los obreros no especializados de la ciudad y del campo, y en el Uruguay puede tener su base en las peonadas agrarias y los pequeños y medianos propietarios rurales demagógicamente engañados. Esa vasta operación política se puede hacer en beneficio del gran patronato rural, como en otros países favorece a otras oligarquías capitalistas.

Por último, el ultranacionalismo uruguayo tiene el ejemplo, el estímulo, y posiblemente el apoyo del peronismo argentino. Decía un célebre ensayista que en la época de la Independencia todos los generales latinoamericanos soñaban con ser Napoleón, y hoy podría decirse que cualquier político en contacto con las masas, se siente deslumbrado por la figura de Perón. Este sigue teniendo por lo menos el treinta por ciento del electorado argentino, y la mayor parte de los sindicatos, con la masa de trabajadores no especializados. Si el Uruguay se convirtiese en su punto de apoyo, la restauración justicialista en la Argentina sería un hecho a breve plazo.

Es importante recordar que en el programa de Perón figuraba la reconstrucción del Virreinato del Río de la Plata (Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay), y que esos proyectos son compartidos por muchos ultranacionalistas de los países citados.

Cuando escribimos, fines de marzo de 1959, el panorama se presenta confuso, incluso en el balance de las fuerzas que pueden conservar al Uruguay el camino de la democracia social y superar sus pasadas conquistas.

El Uruguay está como Francia al subir De Gaulle o la Argentina después del primer triunfo de Perón.

Pensamos, sin embargo, que el Uruguay saldrá adelante de esta crisis, como salió de otras mucho más difíciles de su pasado, cuando estuvo a

punto de perder la Independencia confundiendo en el seno de los países vecinos, o deshacerse en luchas sangrientas intestinas.

No faltan, hemos dicho, reservas más que suficientes para poner en la liza, y recursos humanos para salvar cualquier tipo de dificultades.

En primer término hay que confiar en las tradiciones democráticas del país, donde las instituciones vienen funcionando desde hace muchos años, existe un verdadero culto por la libertad en todas sus formas, y las gentes han practicado largamente la tolerancia, el respeto mutuo, la convivencia pacífica.

Creemos también que predominará la estructura social del país. Es imposible gobernar contra los intereses de los obreros, empleados y los profesionales cuando éstos representan la clara mayoría del país. Aparte de los desgraciados trabajadores rurales, es imposible atacar los derechos de las gentes que viven de su trabajo, sin ocasionar su protesta, y su resistencia. Los sindicatos ya anuncian medidas para defender los llamados "consejos de salarios" que regulan cada dos años sus ingresos.

Por último la coyuntura internacional no es favorable a estas aventuras políticas. Los triunfos democráticos en el área del Caribe, el ascenso de los demócratas en Estados Unidos y hasta la creciente importancia del comercio con la URSS y China, hacen pensar que no estamos en los años treinta ni es esta la oportunidad para imitadores de Benito Mussolini, Perón o Poujade.

La lucha por la defensa de la democracia en el Uruguay debe necesariamente apelar a todas las fuerzas sociales e ideológicas disponibles en el país, pero debe contar asimismo con la colaboración y el auspicio de los demócratas del resto del mundo.

Es posible incluso que esta crisis en su superación permita pasar a nuevos estadios de la vida histórica de la democracia uruguaya. Éstos necesariamente deben suponer la atención de los grandes problemas hasta ahora desatendidos en el país, y en especial el agrario, para terminar con la miseria campesina, el latifundismo y el minifundio, la baja productividad del agro, la absurda y fratricida oposición campo-ciudad.